

Las lágrimas de Gandhi

Antonio Navalón

El ataque terrorista perpetrado en Bombay simultáneamente sobre el Hotel Taj Mahal, el Hotel Trident y el Centro Judío Chabad Lubavitch sirve a Antonio Navalón para reflexionar acerca de la naturaleza del terrorismo contemporáneo, su infiltración en las policías y los ejércitos y su búsqueda ciega por minar las bases de los Estados, incapaces de enfrentar esta nueva amenaza global.

Una de las cosas que más sorprenden cuando se contempla desde el mar la ciudad de Bombay y se abre la Puerta de India, es la luminosidad, que adquiere tonalidades y sentidos casi de acuarela. A eso se une la permanente impregnación de sabores y olores enfrentados en el aire, donde en cada esquina es posible imaginar lo difícil del proceso de incorporación a la modernidad de una nación atomizada por las castas.

Esta mezcla de colores construida al amparo de la luz fue recogida por Octavio Paz, quien en *Vislumbres de la India* narró:

Recuerdo la intensidad de la luz, a pesar de lo temprano de la hora (...). Era una inmensa masa de mercurio líquido apenas ondulante; vagas colinas a lo lejos; bandadas de pájaros; un cielo pálido y jirones de nubes rosadas.¹

Cualquiera que desee conocer a profundidad el espíritu de Bombay no debe perderse la experiencia del Nobel

mexicano: entrar por el Mar Árabe para contemplar en toda su plenitud la simbólica Puerta de India.

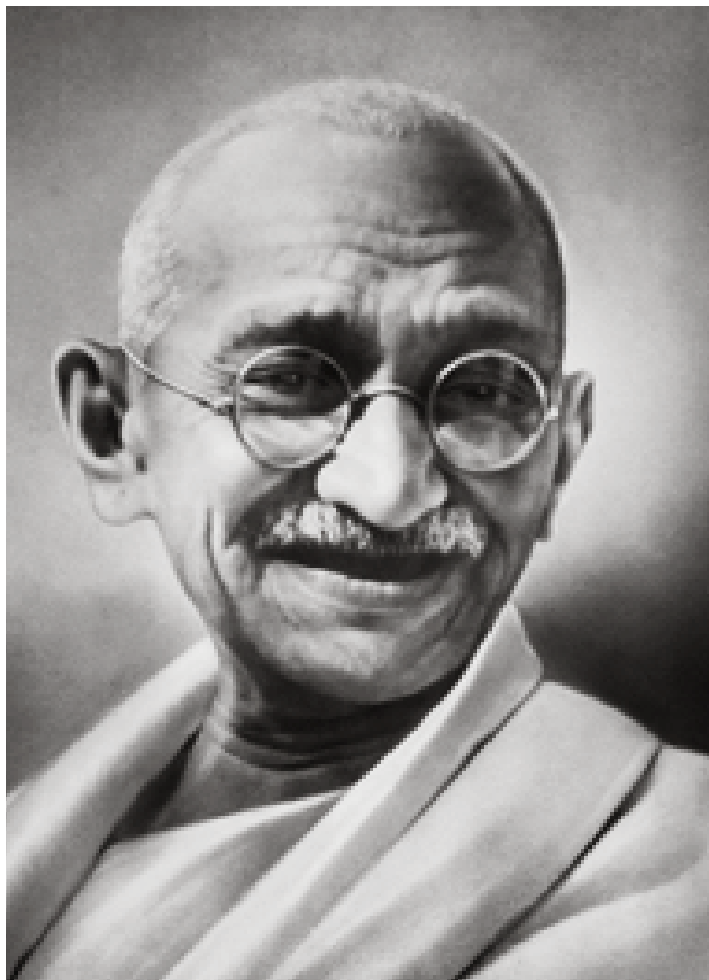
Justo ahí ocurrió un incidente cuya importancia creció al amparo de la modernización. En 1907 Jamsetji Nusserwanji Tata, fundador de Tata Group, la mayor empresa del país, intentó hospedarse en el hotel Palacio Apollo, alojamiento de oficiales y administradores de la entonces colonia inglesa. Sin embargo, el personal del lujoso hotel se negó a recibirlo argumentando que el lugar era exclusivamente para británicos.

En respuesta al agravio, Tata envió un mensaje tan simple como contundente: mandó construir el hotel Taj Mahal, estableciendo —sin saberlo—, las bases del proceso independentista que se consolidaría cuarenta años después.

Así nacen las decisiones que cambian la historia de los pueblos: no se gestan con la idea del símbolo, pero terminan siéndolo. Bombay, la principal conexión con Londres durante los años de la Colonia, fue escenario de uno de los discursos más importantes de Mahatma Gandhi, figura que simboliza claramente las diferencias entre la esperanza que significó el siglo XX y la desilusión que está provocando el XXI.

El 7 de agosto de 1942 en Bombay, o Mumbai, como

¹ Octavio Paz, *Obras Completas IV. Ideas y costumbres*, "Vislumbres de la India", Galaxia Gutenberg, México, 1996, p. 1066.



Mahatma Gandhi

se llamaba entonces en honor a la diosa Mumba, Gandhi dijo ante el Congreso Nacional Indio:

La mente de la gente común no diferencia entre un británico y la forma imperialista de su gobierno. Para ellos ambos son lo mismo.

Pero ésta es una cosa peligrosa. Ustedes deben removerla de sus mentes. Ésta es una hora crucial. Si permanecemos quietos y no jugamos nuestra parte, no estaremos en lo cierto.

Yo sé muy bien que los británicos nos tendrán que dar nuestra libertad cuando hayamos hecho suficientes sacrificios y probado nuestra fuerza. Debemos remover el odio a los británicos de nuestros corazones. Al menos, en mi corazón no hay tal odio. De hecho, yo soy ahora un amigo más grande de los británicos de lo que lo fui nunca.

UN PLAN PERFECTO

A la luz del nuevo siglo sin embargo, la sombra de la decepción se ha sentido nuevamente, cuando una serie de

ataques terroristas mostraron no sólo a la India, sino al mundo entero, el poder de la violencia en la actualidad.

A las 21:40 horas del jueves 27 de noviembre, un número todavía indeterminado de extremistas atacó simultáneamente tanto el Taj Mahal como el Hotel Trident Oberoi, uno de los más populares entre los hombres de negocios; la violencia también estalló en la estación ferroviaria más importante de la ciudad, la Chhatrapati Shivaji Terminus y el lugar más antiguo para recordar el cruce de culturas entre el imperio británico y la India libre, el café Leopold. Además, se arremetió contra algunos restaurantes de lujo y al Centro Judío Chabad Lubavitch.

La policía de India afirma que, durante 2008, se han registrado en promedio 100 actos terroristas al mes. Sin embargo, lo ocurrido tiene dos factores singulares: la audacia y la planificación militar. Era como si conocieran a profundidad no sólo estos sitios, sino los fallos del sistema de seguridad de un país cuya unión está conformada por tres elementos: el inglés como lengua común, el sistema postal, que permitió la homogeneización administrativa del Imperio y el ejército, que ha logrado mantener la cohesión de una nación integrada por 633 tribus.

ENEMIGO INTERNO

Atacaron Bombay por la misma razón que Osama Bin Laden atacó las Torres Gemelas: sabían que podían crear una imagen tan impactante que nadie podría observar sin sentir terror, arrebatando la dignidad a los símbolos más importantes del país.

Bombay es como el World Trade Center de Nueva York, y la falta de explicación del objetivo terrorista evidencia que para obtener el poder, hay que atacar el mayor símbolo, aquél que posee el dinero, los actores y las cámaras, producto de la gran fusión entre Oriente y Occidente: el centro económico e industrial de India.

Con estos hechos quedó demostrada la incapacidad del Estado para garantizar la seguridad del centro de la estabilidad económica y financiera del país, donde está situado el Silicon Valley indio y Bollywood, que genera 2,500 millones de dólares al año y da empleo a seis millones de personas.

Quien dio este golpe no buscaba sólo sacudir a India con el terror, buscaba subvertir con técnica militar el orden democrático.

Sin duda, el atentado de Bombay es diferente a cualquier otro porque nos enfrenta a un nuevo tipo de sistema golpista. Para lograr el éxito en esta acción, se requería de un excelente conocimiento de todos los aspectos estructurales del ejército.

Lo más sorprendente fue la precisión y capacidad para

mantener intacta por 36 horas la fuerza del ataque, sin necesidad de mover posiciones y obligando al ejército a reconocer que habían perdido el control del país, humillando a las fuerzas armadas y sobre todo, al gobierno.

La técnica es la clave para combatir estos actos, así lo demostraron las unidades de élite israelíes en 1976 con el rescate de un avión secuestrado por terroristas palestinos en el aeropuerto de Entebbe, Uganda. Los milicianos cruzaron el Lago Victoria en botes inflables y rodearon la ciudad para ocupar el aeropuerto, liberando a los rehenes y sobre todo, humillando a sus homólogos ugandeses. Desde entonces las unidades de élite militar son grupos de fanáticos disciplinados y férreos defensores del orden representado por el Estado.

Hasta el momento, nadie sabe cuáles fueron los motivos del atentado, pero la Historia nos enseña que dar un golpe de estado requiere ante todo capacidad para humillar, aprovechando un escenario con distractores como —en esta ocasión—, la tensión política vivida desde hace 50 años entre India y Pakistán.

Más allá de la investigación policial en torno a los autores intelectuales y materiales del ataque, no se puede negar que tanto en India como en Pakistán, el fenómeno del terrorismo islámico puede ser utilizado como pretexto para que los enemigos internos entorpezcan las políticas de paz iniciadas en 2005.

A diferencia de lo ocurrido en 2001, cuando el grupo Lashkar-e-Toiba (*Army of the Pure* o Ejército de los Puros, creado en 1990 para combatir el control indio sobre Cachemira), tiroteó el parlamento en Nueva Delhi, India no envió medio millar de soldados a la frontera con Pakistán. En esta ocasión descartó el uso de la fuerza y se limitó a solicitar la extradición de los presuntos responsables.

Once días después del ataque, el gobierno pakistaní detuvo a Hafiz Mohammed Said, fundador del grupo islamista Lashkar-e-Toiba y acusado de ser el autor intelectual del crimen. La detención, sin embargo, no resolverá el problema atávico entre ambos países, por el contrario, incrementará la inestabilidad en la zona, lo que seguramente será aprovechado por los militares para mantener el estado de guerra, y por tanto, el poder.

El cambio, que la política internacional tendrá con la llegada de Barack Obama a la presidencia de Estados

Unidos, exige que las fuerzas armadas sigan controlando esta zona.

Por ello y por sus características de exactitud y profundo conocimiento del sistema, este atentado no es resultado del extremismo islámico, pues aunque el golpe se dio en nombre del Ejército de los Puros, no pudo haberse concretado sin la participación de los militares indios.

LA VIOLENCIA COMO MEDIO

En este siglo, la gran lección es que la violencia se ha convertido —como la ideología lo fue en los albores del xx—, en la herramienta que permite a la anarquía abrir camino a quienes buscan modificar las estructuras del poder.

La violencia que ocupó el Centro Judío Chabad Lubavitch para darle un carácter de terrorismo islámico al atentado, ya no es fanática y demencial, sino muestra un nuevo aspecto del terrorismo: el fracaso total de un Estado y la denostación frente a sus fallos.

La pregunta no es si buscaban la dimisión del Ministro del Interior, cosa que consiguieron, la pregunta es qué clase de guerra interna hay en el ejército, y qué posturas en contra de la política de paz con Pakistán se han exacerbado, para que condujeran a este ejercicio práctico, sanguinario y brutal, cuyo principal objetivo era mostrar la debilidad de India.

Mahatma Gandhi en 1942 visualizó la necesidad de apoyar a los ingleses durante la Segunda Guerra Mundial y combatir el odio, que ha vuelto a invadir el corazón indio.

La India democrática fue construida a cañonazos de buenos sentimientos y hoy se le altera, vulnera y viola con el terrorismo genocida que ataca en nombre del conflicto eterno entre musulmanes e hindúes.

El terrorismo no sólo hizo llorar a Gandhi, sus lágrimas son como un rosario al fracaso de la no violencia, cuyo mayor triunfo fue abrir la puerta de la libertad en Bombay, lugar que desde ahora estará marcado por los ataques que interrumpieron la paz que inspira la intensidad de la luz que se desprende del Mar Árabe y da la bienvenida a todo aquél que busca sumergirse en la historia de este país.

Gandhi llora, y ni siquiera su *dhigo* el poeta

El terrorismo hizo llorar a Gandhi, sus lágrimas son como un rosario al fracaso de la no violencia, cuyo mayor triunfo fue abrir la puerta de la libertad en Bombay.